

MILENA AGUS

Mal de piedras

Traducción de
Celia Filipetto

DEBOLSILLO

Título original: *Mal di pietre*

Primera edición: septiembre, 2009

© 2006, nottetime srl

© 2008, Ediciones Siruela, S. A.

© 2009, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Celia Filipetto, por la traducción del italiano, cedida por Ediciones Siruela, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9908-045-1

Depósito legal: B-27187-2009

Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.

Impreso en Novoprint, S. A.

Energía, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 8 8 0 4 5 1

Mal de piedras

Si no he de conocerte nunca, haz al
menos que te extrañe.

Lo piensa un soldado en la película

La delgada línea roja

[de TERRENCE MALICK]

1

Abuela conoció al Veterano en el otoño de 1950. Era la primera vez que salía de Cagliari para ir al Continente. Iba a cumplir cuarenta años y no había tenido hijos porque su mal de piedras¹ la hacía abortar en los primeros meses. Y así, con su sobretodo de corte recto, los zapatos altos con cordones y la maleta del marido –de cuando se había refugiado en el pueblo–, la mandaron al Balneario para curarse.

¹ Salvo que se indique otra cosa, en sardo en el original. *Su mali de is perdas*, es decir, el mal de piedra o cálculos renales.

2

Se había casado tarde, en junio de 1943, tras los bombardeos de los americanos sobre Cagliari, y por aquel entonces tener treinta años sin haber contraído matrimonio era casi casi como ser solterona. No es que fuese fea ni que le faltaran pretendientes, al contrario. La cuestión es que llegaba un momento en el que los pretendientes espaciaban las visitas, y después no se les volvía a ver el pelo, siempre sin haber solicitado antes oficialmente su mano a mi bisabuelo. «Mi querida señorita: Causas de fuerza mayor me impiden el próximo miércoles y el siguiente ir a visitarla,² cosa que me resultaría sumamente

² *de fai visita a fustetti.*

grata pero, por desgracia, imposible.» Entonces abuela esperaba el tercer miércoles, pero siempre se presentaba una muchachita³ con una carta en la que se volvía a aplazar la cita, y luego nada más.

Mi bisabuelo y las hermanas de abuela la querían de todos modos, tal como era, casi casi solterona, pero mi bisabuela no, la trataba siempre como si no fuese de su propia sangre y decía que ella sabía por qué.

Los domingos, cuando las muchachas iban a misa o a pasear por la avenida del brazo de sus novios, abuela se recogía en un moño el pelo, que todavía conservaba espeso y negro cuando yo era niña y ella ya una anciana, imagínate entonces, y se iba a la iglesia a preguntar a Dios por qué, por qué era tan injusto como para negarle que conociera el amor, que es la cosa más

³ *pipiedda*.

bonita, la única por la que vale la pena vivir una vida en la que te levantas a las cuatro de la mañana para hacer las tareas de la casa y después vas al campo y después a la escuela de bordado, qué aburrimiento, y después a la fuente con el cántaro en la cabeza a buscar agua para beber y después una de cada diez noches la pasas en vela haciendo el pan y después sacas agua del pozo y después tienes que dar de comer a las gallinas. Entonces, si Dios no quería permitirle que conociera el amor, que la matara como fuese. Cuando se confesaba, el cura le decía que esos pensamientos eran un pecado gravísimo y que en el mundo hay muchas otras cosas, pero a abuela las otras cosas no le importaban nada.

Un día mi bisabuela la esperó con la manguera que usaban para regar el patio y empezó a pegarle; le pegó tanto que le salieron llagas hasta en la cabeza y le subió la fiebre. Se había enterado por los rumores que corrían en el pueblo

de que los pretendientes se marchaban porque abuela les escribía ardientes poemas de amor que también aludían a cosas sucias y que su hija estaba enfangando no solo su buen nombre, sino el de toda la familia. Y siguió golpeándola una y otra vez, gritándole: «¡Demonio! ¡Demonio!»,⁴ y maldiciendo el día en que la habían mandado a primer grado y había aprendido a escribir.

⁴ *Dimonia! Dimonia!*